

Largo tiempo hace que he pensado, que esto sólo puede acabar de una manera rápida y sangrienta (Volviéndose hacia Maximiliano.) ¿Qué resolvemos? ¿Quieres tentar conmigo el vado? Libre eres de partir. Ponte frente á mí. Guíalos á la batalla. Tú entiendes el arte de la guerra, que has aprendido de mí; no debo avergonzarme de mi adversario, y no encontrarás en tu vida mejor ocasión que ésta para pagarme mis lecciones.

LA CONDESA. — ¿A este punto hemos llegado? ¡Sobrino, sobrino! ¿Podrás resistir esto?

MAXIMILIANO. — Yo he prometido llevar otra vez al Empeador los regimientos leales, que se me han confiado, y lo cumpliré ó moriré. Es sólo lo que exige mi deber. No pelearé contra tí mientras pueda evitarlo, porque tu cabeza, aun proscrita, es sagrada para mí. (Suenan dos tiros. Illo y Terzky corren á la ventana.)

WALLENSTEIN. — ¿Qué tiros son esos?

TERZKY. — ¡Cayó!

WALLENSTEIN. — ¡Cayó! ¿Quién?

ILLO. — Los de Tiefenbach dispararon.

WALLENSTEIN. — ¿Contra quién?

ILLO. — Contra ese Neumann, á quien enviaste...

WALLENSTEIN. (Con viveza.) — ¡Muerte y condenación! Entonces quiero yo... (Haciendo ademán de salir.)

TERZKY. — ¡Y desafiar su ciego furor!

LA DUQUESA y LA CONDESA. — ¡No, por Dios!

ILLO. — Ahora no, mi General.

LA CONDESA. — ¡Detenedlo, detenedlo!

WALLENSTEIN. — Dejadme.

MAXIMILIANO. — No, ahora no. Este acto irreflexivo y sanguinario ha aumentado su ira; espera que se arrepientan...

WALLENSTEIN. — ¡Lejos de aquí! Harto he tardado ya en salir. Han osado cometer ese crimen, por no haber visto mi rostro... Es necesario que me vean, que oigan mi voz...

¿No son mis tropas? ¿No soy yo su general, y su temido señor? Dejad que me contemplen, á ver si desconocen al que era su sol en la oscuridad de las batallas. No hay necesidad del empleo de las armas. Yo me mostraré desde este balcón al ejército amotinado, y se refrenarán en seguida, no lo dudéis, y su ánimo excitado volverá á someterse á la antigua obediencia. (Vase, y con él Illo, Terzky y Butler.)

ESCENA XXI.

LA CONDESA, LA DUQUESA, MAXIMILIANO y
TECLA.

LA CONDESA. (A la Duquesa.) — Cuando lo vean... háy aún esperanza, hermana.

LA DUQUESA. — ¡Esperanza! Ya no la tengo.

MAXIMILIANO. (Que lejos, en violenta lucha consigo mismo durante la escena anterior, se acerca á ellas.) — ¡Yo no puedo sufrir esto! Vine aquí firme é irrevocablemente resuelto, creyendo obrar bien y sin reproche, y parezo odioso, feroz é inhumano, maldito y motivo de horror para todos aquellos á quienes amo, cuando puedo volverles la felicidad, siendo tan caros á mi corazón y viéndolos tan indignamente afligidos, con pronunciar sólo una palabra... Sublévaseme el corazón; en mi pecho resuenan dos voces contradictorias; nada veo, é ignoro en dónde esté la justicia. ¡Oh, bien y con verdad lo dijiste, oh padre, que yo me fiaba en demasia de mi corazón, porque ahora vacilo é ignoro lo que debo hacer!

LA CONDESA. — ¿Que lo ignoráis? ¿Nada os dice vuestra propia conciencia? Pues yo os lo diré. Vuestro padre ha cometido contra nosotros un acto de la más negra trai-

ción; ha puesto en peligro la cabeza del Príncipe, nos ha llenado de vergüenza, y claro es, por tanto, lo que debe hacer su hijo: reponer lo que con su acción criminal ha derribado, dar un ejemplo de lealtad y de compasión, y que el nombre de Piccolomini no sea un signo de oprobio, una perpetua maldición en la familia de Wallenstein.

MAXIMILIANO.—¿En dónde está la voz de la verdad, que yo he de seguir? Muévenos á todos el deseo y la pasión. ¡Ojalá que descendiera un ángel del cielo, y que hiciera brotar la justicia, clara y evidente, indicándome con su pura diestra la pura luz de donde emana! (Sus ojos se fijan en Tecla.) ¿Pero qué, todavía busco yo este ángel? ¿Espero acaso encontrar otro? (Acércase á ella y la abraza.) Aquí, en este corazón infalible, santo y puro, descansaré, interrogaré tu amor, que sólo puede dar la dicha, y alejarse del culpable desventurado. ¿Puedes amarme todavía, si yo me quedé aquí? Dime que sí, y soy vuestro.

LA CONDESA. (Con intención.)—Reflexionad...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola.)—No reflexionad nada. Decid sólo cuál sea vuestro sentimiento.

LA CONDESA.—Pensad en vuestro padre...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola de nuevo.)—¿No pregunto yo á la hija del Duque de Friedlandia, sino á tí, amor mío! La cuestión no versa sobre ganar una corona, en cuyo caso sería útil mostrarse prudente, sino sobre la paz de tu amigo, sobre la ventura de millares de heroicos y bravos corazones, que seguirán el ejemplo del primero. ¿Debo ser perjuro ó infiel con el Emperador? ¿Debo disparar contra el campamento de Octavio el arma parricida? Porque hecho el disparo, no es la bala un instrumento ciego, sino vivo, porque la anima un espíritu funesto, el de las furias vengadoras del crimen, que la impulsan hábilmente hacia el blanco más sensible.

TECLA.—Oh, Maximiliano...

MAXIMILIANO. (Interrumpiéndola.)—No te apureses. Yo te conozco. El corazón noble podría considerar como deber más sagrado al más doloroso. Que no se cumpla el más grande, sino el más humano. Recuerda cuanto ha hecho por mí el Príncipe desde un principio. Recuerda también cuál ha sido la conducta de mi padre. ¡Oh! También los dulces y libres afectos de la amistad, del piadoso culto del corazón, constituyen una religión aparte, y la naturaleza se venga del bárbaro, que los viola cruelmente. Pongo todo, ponlo todo en la balanza, y que tu corazón decida y hable.

TECLA.—¡Oh! El tuyo lo ha resuelto ya hace largo tiempo. Sigue tu primer impulso...

LA CONDESA.—¿Desventurada!

TECLA.—¿Cómo podría dejar de ser el más justo el acuerdo primero de alma tan leal y tierna? Véte y cumple tu deber. Siempre te amaré. Sea cualquiera tu elección, siempre serás digno, y tu conducta digna de tí. El arrepentimiento no ha de contristar tu ánimo y tu dulce paz.

MAXIMILIANO.—¡He de abandonarte, pues! ¡He de separarme de tí!

TECLA.—Si eres leal contigo mismo, lo serás también conmigo, y si la suerte nos separa, nuestros corazones permanecerán unidos. Odio sanguinario dividirá siempre á las familias de Piccolomini y de Friedlandia, pero nosotros dos no pertenecemos á ellas... ¡Véte! ¡Corre, corre! ¡Divorcio tu buena causa de la nuestra desventurada! La maldición divina ha caído sobre nuestra cabeza, consagrada á la muerte. La falta de mi padre me arrastrará también al abismo. No deploras mi suerte, que el destino habrá de decidirla en breve. (Maximiliano, profundamente conmovido, la estrecha entre sus brazos. Se oyen detrás de la escena gritos feroces, que resuenan largo tiempo, de ¡viva Fernando!, con acompañamiento de música militar. Maximiliano y Tecla se mantienen estrechamente abrazados.)

ESCENA XXII.

Los mismos y TERZKY.

LA CONDESA. (Saliendo á su encuentro.)—¿Qué era eso? ¿Qué significaban esas voces?

TERZKY.—¡Todo inútil! ¡Todo se ha perdido!

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Y su presencia no hizo efecto en ellos?

TERZKY.—Ninguno. ¡Pena inútil!

LA DUQUESA.—¿Prorrumpieron en vítores...?

TERZKY.—Al Emperador.

LA CONDESA.—¡Oh, cuán olvidadizos de sus deberes!

TERZKY.—Ni lo dejaron hablar siquiera. Cuando comenzó, lo hicieron callar con gritos de guerra... Aquí viene.

ESCENA XXIII.

Los mismos.—WALLENSTEIN, acompañado de ILLO y BUTLER, y después CORACEROS.

WALLENSTEIN. (Al entrar.)—¡Terzky!

TERZKY.—¡Mi Príncipe!

WALLENSTEIN.—Que se preparen nuestros regimientos á marchar hoy, porque abandonaremos á Pilsen antes de la noche. (Vase Terzky.) ¡Butler!

BUTLER.—¡Mi General!

WALLENSTEIN.—El comandante de Egra es vuestro amigo y compatriota. Escribíle inmediatamente, y enviadle un

correo, para que se prepare á recibirnos mañana en la fortaleza. Nos seguiréis con vuestro regimiento.

BUTLER.—Así se hará, mi General.

WALLENSTEIN. (Interponiéndose entre Maximiliano y Tecla, que durante este tiempo continúan abrazados.) ¡Separaos!

MAXIMILIANO.—¡Oh Dios! (Coraceros con las armas en la mano entran en la escena, y se reúnen en el fondo. Oyése debajo una marcha alegre de los soldados de Pappenheim, como si llamasen á Maximiliano.)

WALLENSTEIN. (A los Coraceros.)—Aquí está. Es libre. Yo no lo detengo ya. (Colócase de tal modo en la escena, que Maximiliano no puede acercarse á él ni á su hija.)

MAXIMILIANO.—Me odias y te separas colérico de mí. Roto está el vínculo de nuestra antigua amistad, violenta, no dulcemente, y, siendo doloroso ese rompimiento, exacerbadas aún más mi dolor. Sabes que no he aprendido todavía á vivir sin tí... El desierto se presenta delante de mí, y cuanto me es caro en el mundo se queda aquí. ¡Oh, no apartes de mí tus ojos! ¡Déjame por última vez ver tu rostro amado y respetable! No me rechaces... (Quiere coger su mano, y Wallenstein la retira. Vuélvese entonces hacia la Condesa.) ¿No hay aquí mirada alguna de compasión hacia mí?... Tía Terzky... (Ella se aleja de él; vuélvese hacia la Duquesa.) Madre venerable...

LA DUQUESA.—Andad, Conde, á donde el deber os llama... Así podréis ser algún día para nosotros cerca del Emperador un fiel amigo, nuestro buen ángel.

MAXIMILIANO.—Me dejáis alguna esperanza, y no queréis desesperarme del todo. ¡Oh, no me engaños con vanas ilusiones! Cierta es mi desventura, y gracias al cielo que me ofrece un medio de terminarla. (Comienza de nuevo la música guerrera. La escena se llena más y más de soldados armados. Ve entre ellos á Butler.) ¿Estáis también aquí, coronel Butler?... ¿Y no queréis seguirme?... ¡Bien! Sed más fiel á

vuestro nuevo señor de lo que lo habéis sido al antiguo. ¡Venid! Prometedme, dadme vuestra mano como prenda de que defenderéis su vida y la conservaréis ilesa. (Butler se la rehusa.) La proscripción del Emperador pesa sobre él; y su noble cabeza queda á merced de cualquiera vulgar asesino, que quiera ganar una vil recompensa por su crimen. Ahora, pues, necesita más que nunca de la solicitud piadosa del amigo, de la mirada vigilante del afecto... y los que observo á su rededor al separarme... (Mirando con recelo á Illo y Butler.)

ILLO.—Buscad traidores en el campamento de Gallas y de vuestro padre. Aquí no hay más que uno. Marchaos y libradnos de vuestra presencia odiosa. ¡Andad! (Maximiliano intenta acercarse otra vez á Tecla, y Wallenstein lo impide. Permanece indeciso y lleno de afición: la escena se llena de soldados más y más, y las trompetas suenan más y más, llamándole, y con intervalos más breves.)

MAXIMILIANO.—¡Tocad, tocad!... Ojalá fuesen las trompetas suecas, y de aquí fuera yo á los campos de la muerte, y todas las espadas, que están aquí desnudas, atravesaran á un tiempo mi pecho. ¿Qué queréis? ¿Venís á arrancarme de aquí?... ¡Oh! ¡No me desesperéis! ¡No lo hagáis! Quizás os pesaría. (La sala se llena completamente de hombres armados.) ¿Todavía más? Los soldados se unen á los soldados, y su muchedumbre me arrastra consigo. Reflexionad en lo que hacéis. No está bien que elijáis por jefe á un desesperado. Me priváis de mi ventura. ¡Bien! Yo consagro vuestras almas á la Diosa de la venganza. Me habéis escogido para causar vuestra propia ruina, y sabed que quien me acompaña ha de estar pronto á morir! (Mientras se vuelve hacia el fondo, los coraceros se mueven con rapidez, lo cercan y acompañan con grande algazara. Wallenstein permanece inmóvil, y Tecla se desmaya en los brazos de su madre. Caen el telón.)

ACTO IV.

Casa del burgomaestre en Egra.

ESCENA PRIMERA.

BUTLER, que llega.

Dentro está. Su destino lo trae. El puente levadizo ha caído detrás de él, y puesto que por él ha entrado y cayó ya, no le queda medio alguno de salvación. Hasta aquí, Friedlandia, y no más allá, dice la Diosa del destino. Tu brillante meteoro se elevó desde la tierra de Bohemia, dejó en el cielo refulgente huella, y se pondrá aquí también en la Bohemia... ¡Tú has sido perjuro con tus antiguas banderas, y confías ciego, sin embargo, en tu antigua fortuna! Armas tu mano criminal para llevar la guerra á los dominios del Emperador, y devastar el santo hogar de los lares domésticos. ¡Vive alerta! El espíritu de la venganza te deslumbra... ¡que la venganza no te pierda!

ESCENA II.

BUTLER y GORDON.

GORDON.—¿Sois vos? ¡Oh! cuanto deseaba oiros. ¿El Duque un traidor? ¡Oh, Dios mío! ¡Y fugitivo! ¡Y su noble cabeza proscrita! Suplícoos, mi General, que me contéis prolijamente cómo ha sucedido todo esto en Pilsen.